

Que no te lo digo

Que no, que no te lo digo,
que no tienes por qué saberlo,
que tengo yo mil razones
para guardarme el secreto.

Que no quiero pregonarlo
ni echar campanas al vuelo;
que debes vivir tu vida
al margen de este absurdo juego.

Sólo sé de ti tu nombre
y aún dudo que esté en lo cierto;
que tienes los ojos verdes
y la voz de terciopelo.

Que tienes la sonrisa blanca
transparente como el cielo;
limpia y clara la mirada,
y el pelo negro, muy negro.

Me basta sólo con verte
y adivinarte en mis sueños,
y saber que tú no sabes
lo que yo escondo en mi pecho.

¡Pero si no tiene importancia!
¡Pero si no tiene remedio!
¡Que no te lo diré nunca!
Insisto: no debes saberlo.

Por nada del mundo diré
lo mucho que te estoy queriendo.

Promesas

Yo me quedaba en la orilla
jugando con la arena,
mientras tú te adentrabas, cual ondina, en el mar,
esquivando las olas.

Saltabas y reías.

Y después reías todavía, y jugabas con la espuma blanca,
y nadabas, y te perdías un instante, y renacías más tarde.

Y siempre jugabas: con el agua, con las olas, con la espuma.

Al fin te veía volver a los orígenes. Veía venir a la náyade,
resplandeciente como un pez cautivo pero alegre,
pendiente de un hilo, entre las aguas.

Y tú – sí, eras tú – me invitabas a cumplir las promesas
que nunca nos hicimos.

Ay, la poesía

Hoy, sí.

Hoy tengo el ánimo por los cielos.

Hoy tengo que inventar la máquina
de hacer poesía.

Y si no, renunciaré a verte
aunque tenga que inventarte.

Me propongo levantar el vuelo
para ver en perspectiva
cómo de contento está el patio.

Y lo pregonaré a los cuatro vientos
para que se enteren mis vecinos.

Y a todos les diré que ¡enhorabuena!,
que tenemos que estar contentos
para, juntos, poder alegrarnos.

Sí, eso es. Hoy es un buen día
para todo.

Mañana ya veremos
cómo nos levantamos.

----- f i n -----